

Se ha dicho y se dice mucho del colegio, el CNBA, nuestro colegio. Yo no tengo nada que decirles sobre la política educativa, ni sobre la Universidad ni sobre los próceres egresados del Buenos Aires.

Tampoco hablaré de como está el Colegio en la actualidad. Seguramente, quienes lo estamos visitando después de diez o más años de ausencia, tendremos ganas de conversar algunas cosas, pero no lo haremos ni aquí ni ahora.

Voy a contarles un relato en el que, estoy seguro, todos ustedes encontrarán algo conocido: mis vivencias en estos claustros.

La historia comienza a principios de la década del 60 cuando mi padre, el Dr Simón Feld –ex alumno y también ex docente del Colegio- nos contaba a mi hermano y a mi, maravillosos relatos del Nacional. Lo pintaba como un lugar fantástico, lleno de gente excepcional, con profesores que eran eminencias y generalmente correctísimos. Parecía un parque de diversiones. También mencionaba que ocasionalmente, había que esforzarse un poco. Estudiar. O sufrir por algún docente caprichoso. ¡Era la época en la que el único libro sobre el Colegio era la infumable Juvenilia de Cané!

La familia Feld vivía en la ciudad de San Juan y apenas surgió la oportunidad de mudarnos a Buenos Aires, tan convincentes relatos hicieron que sin siquiera dudar, tanto mi hermano Claudio como yo iniciásemos la preparación para rendir el examen de ingreso. Parecía el comienzo de una aventura. Lo fue. Además, fue el comienzo de algo que de alguna manera, continúa en estos reencuentros.

A fines de 1967 vinimos a Buenos Aires para hacer el repaso final de nuestra preparación. Aprobamos el examen e ingresamos al Colegio. Empezamos a cursar en el año 68, poco antes de cumplir trece años.

Ya en ese momento yo estaba definitivamente muy lejos de lo que hoy llamaríamos la "zona de confort". No por el estudio sino por todo lo demás.

Para empezar, exceptuando la familia que se radicó en la Capital, todo lo demás había quedado lejos: los amigos, los compañeros de escuela, el club y el barrio que conocía estaban a mil doscientos kilómetros de distancia.

Todavía hablaba con tonada y modismos provincianos. Por ejemplo, a todos los adultos yo los trataba "de usted". Eso era un problema porque había muchísimos "adultos"... ¡En ese momento todo mayor de diez y ocho años era adulto!

Además, lo poco que había visto era intimidante. Por ejemplo había chicas. En la modernísima Escuela Superior Sarmiento de San Juan dónde hice los últimos años de la primaria también había chicas... ¡pero estaban en otro turno! En la década del sesenta, en las escuelas públicas del interior regía la separación por género. De sexo no se hablaba.

El segundo día de concurrencia a la academia porteña donde hice el repaso final previo al examen, uno de los compañeros me preguntó "cual era mi nombre en hebreo". ¡Yo no sabía que había otros nombres! ¿Qué era eso? ¿Había que tener un nombre en cada idioma? ¿Cuántos nombres o sobrenombres hacían falta? ¡No tenía ni idea!

A propósito de esto: ¿A cuantos de ustedes todavía los llaman por el apodo que tenían o que les pusieron estando en el Colegio? Pocos años después – por cuestiones de la militancia- vería la conveniencia de tener un alias. Sin embargo, en ese momento el tema me superaba. Yo venía de un lugar donde los temas de conversación eran distintas variantes del debate fundamental entre los fanáticos del Sportivo Desamparados y los del Club Athletic.

Una buena medida de la desorientación que tenía en esa época era la confusión geográfica. Durante los tres primeros años que viví en Buenos Aires, viajé únicamente en subte porque era la única manera que tenía de no perderme. ¡Faltaban solo cuarenta años para los teléfonos portátiles con GPS!

El primer día de clase me tocó la segunda división. Todavía recuerdo ese comienzo. Quien estaba sentado a mi derecha y quién a mi izquierda. Puedo describir al profesor que entró y empezó a hablarnos de la teoría de los conjuntos. ¿Alguien más se acuerda de estos detalles?

Estoy seguro que si se escribieran composiciones tema "Mi primer día en el Colegio" vamos a encontrar relatos de terror, de aventuras, de observación de la vida cotidiana, aburrimiento y también algún cuento de extraterrestres. Todos tuvimos algún compañero extraterrestre y ocasionalmente lo fuimos.

En mayo, preparando la primera tanda de mails para este evento, Eduardo Weinschelbaum y yo reconstruimos en orden alfabético la lista de apellidos de los cuarenta compañeros de primer año. Claro, él tenía ventaja ya que, además de tener una memoria formidable, siempre tuvo que escuchar la lista de nombres prácticamente hasta el final.

Durante la cursada, subí y bajé varios pisos, muchos compañeros fueron y vinieron, cambiaron los profesores, los horarios y hasta el turno, pero nunca dejé de pertenecer a la segunda división.

Fueron años de mucho movimiento, tanto en lo interno como en lo externo. Eran los tiempos felices en los que crecíamos más a lo largo que a lo ancho.

Empezamos en dictadura y terminamos en democracia. En ese período tuvimos:

- Seis presidentes : Onganía, Levingston, Lanusse, Cámpora, Lastiri y Perón
- Dos uniformes: el que incluía corbata y el "vestite como se te canta"
- Dos largos de pelo: empezamos con el que nos permitía el portero del CNBA y terminamos con el más largo posible

De 1ro a 4to año formábamos fila en silencio para entrar al aula. Tanto una cosa como la otra eran elementos sustanciales del proceso educativo. Los del vespertino terminamos asistiendo solamente a las clases que queríamos. Ustedes lo vivieron. A ustedes no es necesario explicarles nada, estuvieron allí.

Por suerte, este desorientado joven de provincia encontró en el Colegio a gente cuyos puntos de vista sobre el mundo, manejo de situaciones, recursos, ocurrencias e ideas lo dejaban pasmado. ¡Cada día era una sorpresa!

También me crucé con dos o tres docentes que valieron la pena.

No estoy idealizando la adolescencia ni la época que nos tocó vivir. Por supuesto que hubo profesores pésimos, arbitrariedad y prepotencia por parte de las autoridades. Exigencias a veces desmesuradas. También represión.

Entre nosotros tampoco era todo maravilloso. Hubo peleas leales y de las otras. Amistades maravillosas y alguna desilusión. Algunas piñas. Amores de los duraderos y de los contrariados.

Finalmente, creo que vivir la adolescencia transitando estos claustros fue de lo mejor. Como todo, había que pagar un precio. Algunos lo aceptaron, otros no.

Sé que para muchos de ustedes la secundaria fue tan solo un ámbito más. Un entorno entre muchos. Como pueden ver, para mi fue EL LUGAR con mayúsculas.

Además, el Colegio fue el escenario de muchas de mis primeras veces.

En estas veredas fumé mi primer cigarrillo. Conste que abandoné el vicio hace apenas un lustro.

Estando en primer año, por primera vez en mi vida me llamaron "señor". Dejamos de ser los más grandes de la escuela para pasar a ser los más chicos del Colegio, pero nos decían "señores"... ¡Esa sí que fue una contribución a la construcción de la identidad adolescente!

En estos pasillos tuve mi primera discusión política. Esto no ha cambiado mucho, seguramente al salir de acá continuaremos discutiendo.

Representé al Colegio en un torneo de ajedrez. Nunca volví a representar a ninguna otra institución.

Mi primer beso en la boca lo recibí de una mina que conocí en el SUM. Hoy estoy conviviendo con una ex-alumna del colegio.

Definí mi vocación, mi carrera universitaria discutiendo con compañeros. Con algunos de ustedes compartí la carrera de ingeniería. Además de ex-alumnos, acá están presentes varios colegas.

Hay una "primera vez" que todavía no fue. Seguramente todos ustedes escucharon historias al respecto. Yo les puedo confirmar que soy de la mayoría que nunca hizo el amor dentro del Colegio. Felizmente, aún estamos a tiempo.

A los interesados en yacer con alguien en algún recoveco del Nacional, por favor les pido que después de consumir, me manden un mail. Así, para la reunión de los cincuenta años de egresados confirmaremos si esto fue una realidad o tan solo una leyenda urbana. ¡Obviamente, todo lo que ocurra en el CNBA quedará en el CNBA!

Entre mis mejores amigos de la adolescencia, de la juventud y de la actualidad están los del Colegio. Esa es una de las cosas que por suerte permanecen.

Por eso, a todos quienes me agradecieron el trabajo de colaborar en la preparación de este encuentro les digo que lo siento al revés. Soy yo el que debe darles las gracias a ustedes por ayudarme a crecer en el ambiente revuelto que nos tocó vivir.

A algunos los veo cotidianamente, a otros solo me los encuentro por casualidad y a muchos únicamente en estos festejos. A todos les digo: ¡Estoy encantado de que estemos acá!

Espero que en el reencuentro del 2023 estemos los presentes y algunos más.

Me gustaría decir lo mismo para el del 2033 pero mejor es ir paso a paso.

¡Un gran abrazo para todos!